

EJE III FORMACIÓN VICENTINA

TEMA 14 LA ORACIÓN FUNDAMENTO DE TODO VICENTINO

SAN VICENTE DE PAÚL Y LA ORACIÓN

San Vicente es discreto sobre su propia vida y experiencia espiritual. Pero las reflexiones y consignas que dejó relativas a la plegaria, a la vida de oración, llevan su marca profunda.

Dos acontecimientos espirituales influyeron decisivamente en él:



- ✓ su encuentro con los pobres, que le hacen leer el Evangelio con otros ojos, y
- ✓ su encuentro con san Francisco de Sales, cuyo ejemplo alude como a los de un padre.

San Vicente está convencido de que Dios oculta sus secretos a los sabios y los revela a los pequeños y humildes (Mt 11,25), y *“a esos corazones les descubre lo que todas las escuelas no han sabido encontrar”* (IX, 385)

Una verdad es el fundamento de su vida de oración: *“La verdadera religión está entre los pobres..., y si queremos por medio de la oración entrar en la intimidad de Dios, no hay otro camino que actuar ante él, pues “somos pobres y ruines”* (XI, 440)

La oración como la entiende san Vicente no es sólo contemplación. No debe ser desencarnada, sino llevar a la acción. Los grandes sentimientos, las bellas elevaciones le parecen sospechosas: hay mucho camino *“desde las dulces conversaciones con Dios”* al *“trabajo, al sufrimiento, a las desgracias en el servicio de los pobres”* y desde lo uno a lo otro, puede *“quedar uno a mitad de camino”* y *“faltarle el coraje”*. La ilusión es tan fácil y agradable, *“no nos engañemos”* (XI, 733)

San Vicente no limita la oración a una relación personal con Dios; él se preocupó de la oración de la Iglesia y contribuyó a renovarla. Al comprobar una

anarquía litúrgica trató, desde los primeros retiros de ordenandos, de ponerle remedio: a los futuros sacerdotes se les enseñaba a decir la misa dignamente y de modo uniforme.

No tiene miedo en innovar, organiza para los niños al terminar las misiones, una especie de paraliturgia para la catequesis, incluyendo una procesión solemne y la primera comunión (Cf. III, 112)

San Vicente propone una oración compartida; aunque cada uno está solo ante Dios y la oración es estar íntimamente unido a Él, en lugar de aislarse en un individualismo, invita a un intercambio espiritual e inventa la “*repetición de oración*”: en ella cada uno comunica a los demás, con sencillez, los pensamientos que ha tenido en la oración.

Hoy hay renovación de la oración; pues quienes están de lleno en la acción, ven la necesidad de examinarse ante Dios en el recogimiento.

Surgen y se desarrollan escuelas de oración; grupos de oración. Los lugares de oración, monasterios, santuarios nuevos o antiguos, reciben semanal y diariamente a laicos que vienen a buscar a Dios durante horas o días lejos del mundanal ruido.

La oración es compartida, en los grupos de oración, en particular en los grupos de jóvenes, cada uno no duda en hacer su oración dándola a conocer sencillamente ante sus hermanos allí reunidos.

Nacen comunidades nuevas y también nuevas formas de oración: los humildes, a quienes Dios sigue revelándose, nos enseñan a orar, es preciso oírlos. Además, las madres y las abuelas, en los lugares donde ha habido persecución, la fe ha sido conservada y continúa fiel por sus humildes gestos de oración sencilla.

El pueblo sencillo necesita expresarse a su manera; si la liturgia no le llama la atención por ser demasiado abstracta, entonces se marcha y deja las iglesias vacías.

¿No deberíamos, como lo hacía san Vicente, escuchar a los pobres y humildes para aprender de ellos a orar, para orar con ellos y encontrar con ellos una expresión de su fe?

No tenemos derecho, dice Harvey Cox, a hacernos los paladines de la justicia en favor de los pobres y de escupir sobre sus devociones.

1º San Vicente, hombre de oración.

San Vicente se revela como hombre de oración, en sus conferencias y en su correspondencia. Cualquier acontecimiento le es ocasión de alabanza, de acción de gracias, de intercesión. Con espontaneidad se dirige a Dios y le interpela, manifestando así que permanece en su presencia, sean cuales sean sus numerosas ocupaciones.

La carta dirigida a Esteban Blatiron, superior de Génova, termina, con toda naturalidad, en oración (uno de tantos casos):

“¡Bondad divina, une también así los corazones de esta pequeña Compañía de la Misión, y pídele lo que quieras! La fatiga será dulce y todo trabajo resultará fácil, el fuerte aliviará al débil, y el débil amará al fuerte y le obtendrá de Dios mayores fuerzas; y así, Señor, tu obra se hará a tu gusto y para la edificación de la Iglesia, y los obreros se multiplicarán, atraídos por el olor de tanta caridad” (III, 234)

Termina con una plegaria espontánea, como muchas de las veces, la conferencia del 6 de diciembre de 1658 a los misioneros:

“Mantengámonos firmes en el círculo de nuestra vocación; esforcémonos en tener vida interior, en concebir grandes y santos ideales por el servicio de Dios; hagamos el bien que se nos presente de la manera que hemos dicho. No digo que haya que llegar hasta lo infinito y abrazarlo todo indiferentemente, pero sí todo lo que Dios nos dé a conocer que pide de nosotros. Nosotros somos para él y no para nosotros; si aumenta nuestro trabajo, él también aumentará nuestras fuerzas. ¡Oh Salvador! ¡Qué felicidad! ¡Oh Salvador! Si hubiera varios paraísos, ¿a quién se los darías sino a un misionero que se haya mantenido con reverencia en todas las obras que le has encomendado y que no ha rebajado las obligaciones de su estado? Esto es lo que esperamos, hermanos míos, y lo que le pediremos a su divina Majestad; y todos, en este momento, le daremos gracias infinitas por habernos llamado y escogido para unas funciones tan santas y santificadas por el mismo nuestro Señor, que fue el primero en practicarlas. ¡Oh! ¡Cuántas gracias tenemos motivos para esperar, si las practicamos con su mismo espíritu, por la gloria de su Padre y por la salvación de las almas! Amén” (XI, 398)

Es una oración espontánea, que revela una práctica continua de la presencia de Dios. Una plegaria, que se mantiene en una fidelidad diaria a la oración y cuya importancia no cesa de recordar:

San Vicente de Paul

Es preciso que tú y yo tomemos la resolución de no faltar nunca a la oración diaria. Digo: diaria, hijas mías, pero si pudiese, diría: no la dejemos nunca



“Es preciso que vosotras y yo tomemos la resolución de no dejar de hacer oración todos los días. Digo todos los días, Hijas mías; pero, si pudiera ser, diría más: no la dejaremos nunca, y no dejemos pasar un minuto de tiempo sin estar en oración, esto es, sin tener nuestro espíritu elevado a Dios; porque, propiamente

hablando, la oración es, como hemos dicho, una elevación del espíritu a Dios. ¡Pero la oración me impide hacer esta medicina y llevarla, ver a aquel enfermo, a aquella dama! ¡No importa, Hijas mías! Vuestra alma no dejará nunca de

estar en la presencia de Dios y estará siempre lanzando algún suspiro” (IX, 386)

“Os diré (pues es necesario que lo sepáis) que, si no aprovecháis en la oración, no sacaréis mucho fruto de las conferencias; porque fijaos, mis queridas Hermanas, cómo los jardineros se ocupan dos veces cada día para regar las plantas de su jardín, que sin esta ayuda se morirían durante los grandes calores, por el contrario, gracias a la humedad, sacan de la tierra su alimento, porque cierta humedad, nacida de este riego, sube por la raíz, fluye a través del tallo, da vida a las ramas y a las hojas, y el sabor a los frutos; de la misma manera, mis queridas Hermanas, nosotros somos como esos pobres jardines en donde la sequedad hace morir todas las plantas, cuando el cuidado y la industria de los jardineros no se ocupa de ellas; por eso, tenéis el santo empleo de la oración, que, como un dulce rocío, va humedeciendo todas las mañanas vuestra alma por medio de la gracia que viene de Dios sobre vosotras. Y si os sentís cansadas de vuestros esfuerzos y de vuestras fatigas, tenéis de nuevo por la tarde este saludable fresco, que va dando vigor a todas vuestras acciones. ¡Cuánto fruto producirá una Hija de la Caridad en poco tiempo, si se preocupa de refrescarse con este sagrado rocío! Veréis cómo va creciendo día a día de virtud en virtud, como ese jardinero que ve todos los días crecer a sus plantas, y al poco tiempo se irá levantando como la aurora que surge por la mañana y va creciendo hasta el mediodía. De la misma forma, Hijas mías, llegará hasta alcanzar al sol de justicia, que es la luz del mundo, para abismarse en él, lo mismo que la aurora se pierde en el sol” (IX, 368-369)

“Bien, pongamos todos mucho interés en esta práctica de la oración, ya que por ella nos vienen todos los bienes. Si perseveramos en nuestra vocación, es gracias a la oración; si tenemos éxito en nuestras tareas, es gracias a la oración; si no caemos en el pecado, es gracias a la oración; si permanecemos en la caridad, si nos salvamos, todo esto es gracias a Dios y a la oración. Lo mismo que Dios no le niega nada a la oración, tampoco nos concede casi nada sin la oración: «Rogate Dominum messis»; no, nada, ni siquiera la extensión de su evangelio y lo que le interesa más a su gloria. «Rogate Dominum messis». Pero, Señor, esto te concierne a ti y es cosa tuya. ¡No importa! «Rogate Dominum messis». Así pues, pidámosle con toda humildad a Dios que nos haga entrar por esta práctica” (XI, 285-286)

2º Una oración en la vida y para la acción.

Una de las características de la oración de san Vicente es que siempre la relaciona con la vida y con la acción. Es una continuidad verdadera, definida en el célebre: “Dejar a Dios por Dios”.

Por eso, san Vicente denuncia la oración que sólo consiste en “dulces conversaciones”, y no desemboca en la resolución y acción:

“Amemos a Dios, hermanos míos, amemos a Dios, pero que sea a costa de nuestros brazos, que sea con el sudor de nuestra frente. Pues muchas veces los actos de amor de Dios, de complacencia, de benevolencia, y otros semejantes afectos y prácticas interiores de un corazón amante, aunque muy

buenos y deseables resultan sin embargo muy sospechosos, cuando no se llega a la práctica del amor efectivo: «Mi Padre es glorificado, dice nuestro Señor, en que deis mucho fruto». Hemos de tener mucho cuidado en esto; porque hay muchos que, preocupados de tener un aspecto externo de compostura y el interior lleno de grandes sentimientos de Dios, se detienen en esto; y cuando se llega a los hechos y se presentan ocasiones de obrar, se quedan cortos. Se muestran satisfechos de su imaginación calenturienta, contentos con los dulces coloquios que tienen con Dios en la oración; hablan casi como los ángeles; pero luego, cuando se trata de trabajar por Dios, de sufrir, de mortificarse, de instruir a los pobres, de ir a buscar a la oveja descarriada, de desear que les falte alguna cosa, de aceptar las enfermedades, o cualquier cosa desagradable, ¡ay! todo se viene abajo, y les fallan los ánimos. No, no nos engañemos: “Totum opus nostrum in operatione consistit”. Y esto es tan cierto que el Apóstol nos declara que sólo nuestras obras son las que nos acompañan a la otra vida. Pensemos, pues, en esto; sobre todo, teniendo en cuenta que en este siglo hay muchos que parecen virtuosos, y que lo son efectivamente, pero que se inclinan a una vida tranquila y muelle, antes que a una devoción esforzada y sólida. La Iglesia es como una gran mies que requiere obreros, pero obreros que trabajen. No hay nada tan conforme con el Evangelio como reunir, por un lado, luz y fuerzas para el alma en la oración, en la lectura y en el retiro y, por otro lado, ir luego a hacer partícipes a los hombres de este alimento espiritual. Esto es hacer lo que hizo nuestro Señor y, después de él, sus apóstoles; es juntar el oficio de Marta con el de María; es imitar a la paloma, que digiere a medias la comida que toma, y luego pone lo demás en el pico de sus pequeños para alimentarlos. Esto es lo que hemos de hacer nosotros y la forma con que hemos de demostrar a Dios con obras que lo amamos. (XI, 733-734)

Para san Vicente la mejor forma de orar es preparar minuciosamente la jornada en presencia de Dios. Por el ejemplo que da a las Hijas la Caridad, se le llama “el método del presidente”:

“Es menester que os diga a este propósito que he recibido una gran edificación de un magistrado que hizo su retiro hace un año en nuestra casa. Al hablarme del examen que había hecho sobre su reglamento de vida, me dijo que, por la gracia de Dios, no creía que hubiese faltado dos veces en hacer su oración. “Pero, ¿sabéis, Padre, cómo hago mi oración? Examino de antemano lo que tengo que hacer durante la jornada, y de allí derivan todas mis resoluciones. Tendré que ir a palacio; tengo tal causa en que pleitear; me encontraré quizás con alguna persona de condición que, con sus recomendaciones me querrá corromper; con la gracia de Dios me guardaré mucho de ello. Quizá se me haga algún regalo que me agrade mucho, no lo tomaré. Si tengo que desechar a alguien, le hablaré con mansedumbre y cordialidad”. Podéis hacer vuestra oración de esta manera, que es la mejor; porque no hay que hacerla para tener pensamientos elevados, para tener éxtasis y raptos, que son más dañosos que útiles, sino solamente para hacerlos perfectas y verdaderamente buenas Hijas de la Caridad. Vuestras resoluciones, por tanto, tienen que ser de esta manera: “Yo iré a servir a los pobres; procuraré hacerlo de una forma sencillamente alegre para consolarles y edificarles; les hablaré como a mis señores. Hay algunos que me hablan raras veces; lo sufriré. Tengo la costumbre de contristar

a mi hermana en tal o cual ocasión; me abstendré de ello. Ella me está fastidiando a veces en esta cosa; la soportaré. Esa dama me huye, esa otra me injuria; procuraré no salir de mi habitación y demostraré el respeto y el honor al que estoy obligada. Cuando estoy con esa persona, casi siempre recibo algún daño para mi perfección; en cuanto sea posible evitaré la ocasión". Así es, según creo, Hijas mías, cómo tenéis que hacer vuestras oraciones. ¿No os parece este método útil y fácil?" (IX, 46-47)

La unión entre la oración y la vida, san Vicente la define de modo significativo en muchos pasajes en los que plantea el conflicto entre la urgencia del servicio y la obligación de la oración, y aún de la misa:

"Hijas mías, para el consuelo de la que está en quehaceres difíciles, os diré que no se admite retraso alguno cuando se trata del servicio a los pobres. Si a la hora de vuestra oración, por la mañana, tenéis que ir a llevar una medicina, marchad tranquilamente; después de un acto de resignación con la santa voluntad de Dios, ofrecedle vuestra acción, unid vuestra intención a la oración que se tiene en la casa, o en otras partes, y marcharos sin ninguna preocupación.

Si, cuando volvéis, vuestra comunidad os permite hacer un poco de oración o de lectura espiritual, ¡estupendo! Pero no os inquietéis por ello, ni creer que hayáis faltado, cuando la perdáis; porque no se la pierde, cuando se la deja por un motivo legítimo. Y si hay algún motivo legítimo, mis queridas Hijas, es el servicio del prójimo. El dejar a Dios por Dios no es dejar a Dios, esto es, dejar una obra de Dios para hacer otra o de más obligación o de mayor mérito. Dejáis la oración o la lectura, o perdéis el silencio por asistir a un pobre: pues sabed, Hijas mías, que hacer eso es servir a Dios. ¡Qué consuelo para una Hija de la Caridad pensar: «Voy a asistir a mis pobres enfermos, pero Dios se complacerá más en esto que en la oración que tenía que hacer ahora»! Y marchar alegremente adonde Dios la llama" (IX, 297-298)

3º Una oración compartida

En tiempo de san Vicente, una forma de oración tenía una singular tendencia a abstraerse de la vida y a alejarse de la acción. Vicente reacciona con vigor contra la oración individualista, que no concluye con una participación, sencilla y espontánea, y que es una experiencia indispensable para una verdadera comunidad.

Vicente confiesa que ha sido, con sus comunidades, el creador de la *repetición de oración*, llevando así a una de las formas de oración más personales y privadas, la riqueza y la alegría de la participación:

"¿Y cómo se introdujeron las prácticas en la Comunidad? Lo mismo: poco a poco, y sin saber cómo. Las conferencias, por ejemplo, de las que quizás sea ésta la última que yo tenga con vosotros, no pensábamos en ellas. Y la repetición de la oración, que era antes algo nunca oído en la Iglesia de Dios, y que luego se ha introducido en varias comunidades observantes, en las que se practica ahora con mucho fruto, ¿cómo se nos ocurrió? No lo sé. ¿Cómo se

nos ocurrió la idea de todos los demás ejercicios y ocupaciones de la comunidad? Tampoco lo sé” (XI, 328)

“Hermanos míos, hoy no haremos la repetición, sino que trataremos otro tema muy útil para la Compañía; dejaremos para otra ocasión la repetición de la oración, que es un medio, como todos saben, de los más necesarios que tenemos para inflamarnos mutuamente en la devoción. Tenemos motivos para dar gracias a Dios por haberle dado esta gracia a la Compañía, ya que podemos decir que nunca se ha usado esta práctica en ninguna otra Comunidad, más que en la nuestra” (XI, 575)

Se conserva numerosa información de esas repeticiones de oración a las que san Vicente reconoce el sello de sencillez y de espontaneidad, que inspiraban y animaban a los participantes, hasta llega a confesar que muchas veces esas participaciones espirituales le han ayudado y enriquecido mucho personalmente:

“Estoy persuadido de que la ciencia no sirve, y que un teólogo, por muy sabio que sea, no encuentra ninguna ayuda en su ciencia para hacer oración. Dios se comunica más ordinariamente a los simples y a los ignorantes de buena voluntad que a los más sabios; tenemos muchos ejemplos de ello. La devoción y las luces y afectos espirituales se les comunican más de ordinario a las mujeres verdaderamente devotas que a los hombres, a no ser que éstos sean sencillos y humildes. Entre nosotros, los Hermanos dan a veces mejor cuenta de su oración y tienen ideas más bellas que nosotros, los Sacerdotes. ¿Por qué, hijas mías? Es que Dios lo ha prometido y se complace en entretenerse con los pequeños. Consolaos, pues, las que no sepáis leer, y pensad que esto no os puede impedir amar a Dios, ni hacer bien la oración. Si alguna tuviese tanta dificultad en hacer oración que fuese completamente incapaz, podría pedir permiso para rezar el rosario. Y según el consejo que se le dé, usará de esta hermosa devoción. Nuestro bienaventurado Padre decía que, si no hubiese tenido la obligación de su oficio, no habría dicho más oración que el rosario. Lo recomendó mucho, y él mismo lo rezó durante treinta años sin faltar nunca para alcanzar de Dios la pureza por la que él concedió a su santa Madre, y también para bien morir” (IX, 212-213)

“Hijas mías, en los corazones que carecen de la ciencia del mundo y que buscan a Dios en sí mismo, es donde él se complace en distribuir las luces más excelentes y las gracias más importantes. A esos corazones les descubre lo que todas las escuelas no han sabido encontrar, y les revela unos misterios que los más sabios no pueden percibir. Mis queridas Hermanas, ¿no creéis que vosotras mismas lo hayáis experimentado? Creo que os lo he dicho ya, y lo repetiré una vez más: nosotros hacemos la repetición de la oración en nuestra casa, no todos los días, sino a veces cada dos o tres, cuando la Providencia nos lo permite. Pues bien, por la gracia de Dios, los Sacerdotes la hacen bien, y también los clérigos, más o menos, según lo que Dios les concede; pero nuestros pobres Hermanos, ¡oh! en ellos se realiza la promesa que Dios ha hecho de manifestarse a los pequeños y a los humildes, pues, muchas veces quedamos admirados ante las luces que Dios les da; y es evidente que todo es de Dios, ya que ellos no tienen ningún conocimiento. Unas veces es un pobre

zapatero, otras un panadero, un carretero, y sin embargo, nos llena de admiración. A veces hablamos entre nosotros de esto, con una gran confusión por no ser como vemos que ellos son. Nos decimos mutuamente: «Fíjese en ese pobre Hermano; ¿no ha observado usted los hermosos pensamientos que Dios le ha dado? ¿No es admirable? Porque lo que él dice, no lo dice por haberlo aprendido, o haberlo sabido antes; lo sabe después de haber hecho oración». ¡Qué bondad de Dios tan grande e incomprensible al poner sus delicias en comunicarse a los sencillos y a los ignorantes, para darnos a conocer que toda la ciencia del mundo no es más que ignorancia en comparación con la que él da a los que se esfuerzan en buscarle por el camino de la santa oración!” (IX, 385-386)

“En casa tenemos otra cosa que nos ayuda mucho a mantenernos, es la repetición de la oración de la mañana. Os aseguro que no sabría explicarles el bien que esto hace. No es de creer que Dios nos tenga secos durante la oración. Yo estoy seguro de que siempre podré aprender de algún buen Hermano algunas de las buenas ideas que él haya tenido, y que así me podré aprovechar de ellas. Lo espero así de la bondad de Dios, y nunca me falla. ¡Si supieran ustedes cuánto gozo siento al escuchar a esos buenos Hermanos! ¡Y a nuestras Hermanas! Cuando oigo a una de nuestras Hermanas decir ciertas cosas, me siento tan impresionado, que no os lo podría explicar. No sé si los demás son como yo; pero yo soy así, y me impresionan mucho cuando dicen en su repetición alguna cosa edificante que aprovecha a los demás y a ellos mismos” (X, 794)

“No puedo pasar en silencio una cosa que me emocionó esta mañana, durante la repetición de la oración. Uno de nuestros Hermanos que había tenido oculta una cosa y no la había podido descubrir a su confesor, ha tenido la gracia de decirla en voz alta, manifestando además que él era un mozo pobre y ruin, educado en las escuelas con las limosnas de su parroquia, lo cual no había manifestado nunca hasta entonces, a pesar de que lo había pensado decir en varias ocasiones. Cuando escuché a aquel joven declarar su interior con tanta energía, tengo que confesaros que sentí crecer en mí el afecto que le tenía, y que creo que Dios le dará la gracia de ser un gran santo; sí, Hermanas mías, pues muchas veces se necesita nada menos que un acto de virtud heroica para eso, para darle a un alma fuerzas para hacer otro millón de actos virtuosos. Os he dicho esto para confirmaros en la seguridad de que es una buena señal el que un alma diga sus faltas” (IX, 708)

Señor Jesús, Tú que quisiste hacerte pobre,
haz que tengamos ojos y corazón para los pobres;
y que te reconozcamos a Ti en ellos;
en su sed, en su hambre, en su soledad, en su desventura.

Suscita en nuestra Familia Vicentina
la unidad, la sencillez, la humildad
y el fuego de la caridad
que abrasó a San Vicente de Paúl

Danos fortaleza para que, fieles a la práctica de estas virtudes, podamos contemplarte y servirte en la persona de los pobres y un día unirnos a Ti y a ellos en tu Reino.

4º Para la reflexión y el diálogo

1. San Vicente, hombre de oración: ¿Rezo como antes? ¿Sí, no, por qué? En mi vida, ¿Qué lugar ocupa la oración? ¿Por qué razones rezo?

2. Una oración en la vida y para la acción: ¿Cómo puedo alimentar mi vida mi oración? ¿Mi oración desemboca en la acción? ¿Cómo?

3. Una oración compartida: ¿Cómo oro: en comunidad, en grupo, en familia, en equipo? ¿Qué tiempo oramos juntos? ¿De qué manera oramos y la compartimos?